

martín gusinde

**los indios de
tierra del fuego**

tomo primero volumen II

los selk'nam

 **CENTRO ARGENTINO DE ETNOLOGIA AMERICANA**
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS Y TECNICAS

d. Muerte, sepultura y duelo

Las prácticas funerarias y el tipo de sepultura de los selk'nam han sido relatadas por unos pocos viajeros. Si bien lo han hecho brevemente, los relatos delimitan algunas características esenciales (ver COOPER: 160). Aquí seguirá una descripción más extensa basada en mis propias observaciones, porque —al menos que yo sepa— ninguno de los informes anteriores ha surgido de la experiencia propia de sus autores.

1. La muerte

En la conducta y en el estado de ánimo de un indigena que ve ante sí la muerte inminente se refleja una buena parte de la cosmovisión y de la disposición de carácter de los fueguinos. Mucho de lo que en los capítulos precedentes se ha expuesto breve o extensamente, encuentra su confirmación a través de estas particularidades tan extrañas para nosotros.

a. Conducta del moribundo

Sea cual fuere la causa de su muerte, el selk'nam espera su destino con total serenidad y completa impassibilidad. De su boca no salen lamentaciones, y ningún indicio permite saber si su partida de este mundo le produce algún tipo de pesar. No obstante, es consciente de que transita hacia una forma existencial oscura, desconocida para él. Se me dijo, ciertamente, que una madre piensa afligida en sus hijos aún menores cuando siente la proximidad de la muerte; pero así hablaban personas sanas, que se deshacían en amor por sus retoños. Por eso vale decir en general que "el ona tiene en presencia de la muerte una estoicidad que nos admira" (GALLARDO: 317).

1-Tanto en época antigua como más reciente, la muerte natural era lo corriente. Sucumbir por un accidente, por asesinato y guerra era la excepción. El verdadero morir natural era por debilidad senil. La persona cargada de años sentía repentinamente la decadencia de sus fuerzas y buscaba su lecho, para permanecer en él; las facultades mentales cesaban casi repentinamente, y los allegados se daban cuenta claramente de esa rápida transformación. A partir de ahora ya no cabía pensar en trasladar la choza o continuar la migración. Los parientes pasaban a estar más serios y callados, se arrojaban a menudo miradas elocuentes, y sus corazones se llenaban de tristeza. De ninguna manera rodeaban el lecho del moribundo, sino se ponían en cuclillas alrededor del fuego, sin dirigir a aquél una atención evidente. Nadie se sentía impulsado a proporcionarle una posición más cómoda, o a consolarlo. El moribundo quedaba librado a sí mismo. Si expresaba algún deseo, éste le era satisfecho, por cierto,

gustosamente. La apatía del mismo moribundo respecto de las personas que lo rodeaban solía incrementarse de tal manera, que durante las largas horas de vigilia apenas se escapaba de sus labios un débil gemido.

En el interin se acercan los vecinos. A intervalos cortos, éste o aquél echa una mirada fugaz al moribundo. En la choza reina un silencio general; sólo después de pausas prolongadas, alguien dice suavemente, como para sí: "Respira con mucha dificultad, ¡pronto estará muerto!"... Entretanto han llegado casi todas las personas que viven en las cercanías, y se han acurrucado junto al fuego. Se omiten las conversaciones. Tampoco se avisa a un pariente cercano o a un amigo especial del moribundo, que se encuentre en un lugar lejano, ni se va a buscarlo.

Al acercarse el desenlace, el estado de ánimo deprimido y la tristeza de los presentes se manifiesta en llantos y sollozos. Todo esto comienza en forma apenas perceptible y con grandes pausas, pero se va incrementando hasta fortísimas erupciones de sentimiento. Primero comienza una persona, que está sentada junto al fuego. Esta persona se incorpora brevemente, y a través de la entrada a la choza mira hacia afuera, dando la espalda al moribundo. A veces sale de la choza y se sienta en el suelo, con la cara en dirección opuesta a la choza. El llorar de los demás pone a cada uno de los presentes en un estado de intranquilidad nerviosa, y también se abandona al impulso irregular de los sentimientos. De este modo la reunión se convierte en una confusión desordenada. El aspecto es extraño: algunas mujeres se acurrucan junto al fuego y esconden sus rostros entre las manos; al mismo tiempo, sollozan amargamente y lloran con estridencia. Otras dos o tres están paradas en la choza y lanzan gritos a toda voz hacia el exterior, en tanto las lágrimas les corren por las mejillas. Entre ellas se sientan o se paran los hombres; éstos expresan más raramente sus quejas en viva voz: unos y otros entran y salen nerviosos⁶⁴. A todo esto se agregan todavía los ladridos y aullidos de los perros y los gritos de los chicos.

Sería inexacto ver en esta escasa comunicación con el moribundo una falta de comprensión hacia su situación, o una insensibilidad del mundo circundante. ¡Allá en la fría Tierra del Fuego no se conoce la vivaz exteriorización de los sentimientos, tan común para nosotros!

Este morir por senilidad solía desarrollarse muy rápidamente. Quien a media mañana se acostaba —cansado de vivir y con presentimientos de muerte— por lo general ya era cadáver al anochecer. Con esto se explica también la total indiferencia del moribundo respecto de su suerte. En estos casos no era usual solicitar el auxilio de un hechicero. Sin quejas y sin oposición, el moribundo entregaba su alma.

⁶⁴ BORGATELLO (SN: IV, 199) opina: "Todo eso forma una escena tan extraña y melancólica, como no se la puede ver ni oír en otra parte, y que despierta compasión y risa al mismo tiempo".

2- En un sentido diferente al morir por senilidad, se interpreta como muerte natural el fallecimiento a causa de una enfermedad; porque el *kwáke* siempre es originado en la influencia de un hechicero malintencionado. Cuando el *xon* llamado al lecho del enfermo ha acabado con su ciencia, y —no obstante— debe anunciar un desenlace fatal, el enfermo se resigna estoicamente con su destino. Por lo general está tan debilitado por la larga duración de su enfermedad, que ya no está en condiciones de acompañar a los que lo rodean en sus ocasionales exabruptos de ira contra su presunto enemigo.

3- Era menos frecuente que alguien perdiera la vida en un accidente fatal. Esto les sucedía casi exclusivamente a los hombres. Ahogarse, *č'ōwh tetān* = "devorado por el agua", era un peligro que acechaba sobre todo a los habitantes costeros y a todos aquellos que debían vadear ríos o atravesar lugares pantanosos. Si al ocurrir el accidente se encontraban en el lugar otras personas, éstas trataban de rescatar el cadáver. No menos frecuentemente, un cazador encontraba la muerte al despeñarse por una ladera durante la búsqueda de cormoranes. Los demás hablaban entonces de *táršen tetān* = "devorado por la ladera empinada".

Cuando ocurren estos u otros accidentes similares, con desenlace fatal, nadie piensa en un *xon* como causante. Sin preocuparse mentalmente o a través de comentarios con otros, de las causas de aquel hecho lamentable, los parientes se resignan calladamente —nunca es agradable hablar de un fallecido—.

En épocas antiguas, cuando aisladamente algún hombre se desangraba bajo las manos de un asesino, cuando alguno perdía la vida en las pequeñas luchas e incursiones, sus parientes pensaban sobre todo en venganza.

Nuestros indígenas nunca se dejan atemorizar por la idea de una pronta muerte. Pero cuando ésta ha llegado tan cerca que la evasión ya parece imposible, entonces cada uno se entrega sin quejas a su suerte. "El ona no teme a la muerte" (GALLARDO: 326).

β. Conducta de los circunstantes

De alguna manera ya se ha tocado tangencialmente el estado de ánimo y la conducta de los deudos presentes poco antes del fallecimiento de un pariente, amigo o vecino.

1- Contrastando con la resignación estoica del moribundo que abandona este mundo por debilidad senil, se incrementa la agitación de los presentes. Ora más rápido, ora más lento se ha cristalizado un irregular aullar y sollozar, un entrar y salir de la choza, un ponerse de pie y sentarse, sin que en realidad alguien se ocupe del moribundo. En medio de todo aquello, de vez en cuando algún pariente cercano del enfermo entremezcla un fuerte grito y deja correr libremente las lágrimas. Este movimiento excitado no sólo se mantiene por horas, sino que se va incrementando a medida que se acerca el mo-

mento del desenlace (ver BORGATELLO [c]: 64). Por lo general la cantidad de sollozos aumenta constantemente. La agitación general y los sollozos alcanzan su punto máximo al producirse el fallecimiento.

2 - La agitación es mucho más viva cuando la causa de la muerte se atribuye a un *kwáke*, y el hechicero presente nombra al causante. A veces la actitud de los hombres ya toma formas sumamente amenazadoras, y se deciden por una venganza terrible. De vez en cuando dirigen alguna observación al enfermo y le aseguran que aquel crimen, por el que debe sucumbir ahora, no quedará impune. O bien es el mismo *xon* el que se ofrece voluntariamente para la empresa de la venganza. Entretanto, las mujeres, sentadas junto al fuego o en un costado de la choza, se abandonan a su dolor con muchos sollozos.

3 - Si en un campamento se tiene noticia de un accidente, o a raíz de la larga ausencia de una persona se llega finalmente a la conclusión de que ésta puede haberse accidentado, rápidamente se juntan algunos hombres que van a buscar al desaparecido. Esta gente emprende la búsqueda con el principal objetivo de rescatar el cadáver. Si el desaparecido es localizado muerto, suele ser enterrado en el mismo lugar del hallazgo. Se lleva la noticia al campamento, noticia ésta esperada ya por todos con temor. De inmediato comienzan los aullidos y los sollozos, a los que siguen los habituales usos fúnebres.

Si alguien ha sido asesinado y la noticia se esparce entre sus parientes, prontamente corren algunos hombres al lugar del crimen. En el camino comentan con excitación cargada de deseos de venganza las medidas a adoptar para la reparación del daño.

Pocos días después de finalizado un combate, la parte vencida trata de regresar cuidadosamente al lugar del hecho, para buscar y enterrar a los caídos. Los vencedores entierran a los muertos de su grupo inmediatamente después de la lucha (ver pág. 425).

γ. El causante de la muerte

Nuestros indígenas no permanecen completamente indiferentes ante las distintas causas que ponen fin a la vida de algunos de ellos. Diferencian si ha caído a manos de un asesino o en la lucha, si hubo una imprudencia o mala intención de un *xon*. También se menciona a *Temáukel* como causa, y lo hacen en la gran mayoría de los demás casos de muerte. Una muerte prematura es considerada como castigo que aquél suele emplear (ver pág. 500).

Aquí se repite lo contradictorio de algunas concepciones. Creen ellos que, al morir el hombre, el Ser Supremo llama el alma hacia sí, más allá de las estrellas. Al margen de ello admiten que la muerte por debilidad senil es una conclusión puramente natural de la vida, y que también los hechiceros causan la muerte de algunas personas determinadas. En parte sostienen que alguien a causa de una culpa anterior encuentra la muerte en un accidente, en la guerra o a manos de un asesino; el alma de este muerto también "toma el camino que va hacia *Kenós*". Nadie puede relacionar sin contradicciones a *Te*

máukel con todos estos casos; porque sólo en forma muy general se dice que éste causa la muerte. Esta convicción se mantiene fija en la memoria de la gente, aun cuando el recuerdo del Ser Supremo en sí haya pasado a un lejano segundo plano. TOIN decía: "A raíz de un fallecimiento, todos vuelven a recordar a *Temáukel*."

Antes que el moribundo haya expirado, algunos de los presentes se atreve esporádicamente a comentar: "¡'Aquél-allá-arriba' ha causado esto (= hace morir a éste aquí)!" El respeto tributado (al Ser Supremo) le impide —también ahora— expresar de viva voz sus sentimientos más íntimos. Nadie se atreve a expresar su convicción consciente: "'Aquél-allá-arriba' deja morir a éste aquí. Por eso la gente está enfadada con aquél, están descontentos y le hacen reproches..." Todos reprimen su rabia; "¡pues somos demasiado débiles contra 'Aquél-allá-arriba'!" Siendo conscientes de su impotencia, todos se someten, se abandonan al dolor y reprimen su indignación.

2. El sepelio

Alrededor del lecho mortuario de un miembro de la tribu, especialmente si ha fallecido un anciano influyente o un hechicero famoso, siempre se reúnen varias personas. La cantidad de personas es tanto mayor, si en la cercanía inmediata existen muchas chozas. Si, en cambio, alguien muere durante una cacería o una peregrinación, si se accidenta en el río o en la costa, entonces tal vez apenas sean dos las personas presentes en su fallecimiento. Relataré ahora los casos habituales de fallecimiento y la preparación usual del cadáver, todo ello basándome principalmente en mis propias observaciones directas.

a. Preparación del cadáver

Los presentes reconocen que el fallecimiento ha tenido lugar por la inmovilidad y por la falta de respiración. De inmediato comienza un aullar y gritar crecientes. Por breves instantes todos miran fijamente al muerto, pero pronto vuelven a quitar la mirada de él y se abandonan totalmente a las explosiones desacostumbradas de su dolor. Siempre transcurren algunas horas antes de que se proceda al entierro⁶⁵. Si la muerte sobreviene al atardecer o durante la noche, se comienza recién al amanecer con la preparación del cadáver (ver GALLARDO: 320).

Esta misión sólo compete a los hombres; tal vez porque se necesita mucha fuerza física, en tanto las mujeres no son de fiar para ello a causa de su dolor. Cuando un adulto, hombre o mujer, ha cerrado para siempre sus ojos, son algunos hombres los que se ocupan

⁶⁵ BORGATELLO (c): 64 exagera cuando dice: "Il cadavere viene sepolto subito, mentre è ancora caldo". En líneas generales, sin embargo, se prepara al cadáver para la sepultura ya pocas horas después del fallecimiento.

de su cadáver. Si se trata de niños pequeños, a veces también ayuda una mujer. Bajo determinadas circunstancias es la madre la que se ocupa de todo, pero en la mayoría de los casos es el padre el que ofrece sin ayuda este último servicio a su hijo muerto.

Antes de preparar el cadáver para la sepultura, se espera que las turbulentas erupciones de dolor se diluyan algo. Para comenzar con este trabajo, no se realiza una exhortación especial. Obedeciendo a su arbitrio personal, algún pariente cercano se acerca al cadáver. Otros se ven entonces animados a ayudar, o son invitados con un gesto de la mano.

Siempre permanece una buena cantidad de gente en la choza en que la muerte acaba de realizar su faena. Si la muerte sobreviniese en plena noche, lo que se señala con un aullar y vocear especialmente intensos, todos los vecinos se apersonan al instante y permanecen allí casi inmóviles hasta la mañana siguiente. Durante estas horas siempre se observa una atmósfera sumamente seria. Las mujeres gimen y sollozan, los hombres están sentados calladamente. Sólo de vez en cuando alguien deja oír alguna breve observación, que se refiere al modo de vida, al carácter y a los logros del fallecido: "Aquél fue un certero tirador, un temible luchador, un hombre laborioso. Tenía una excelente constitución física. Sabía contar muchas cosas. Con él perdemos a un *zon* muy capaz. Sabía fabricar armas muy bellas"; y otras cosas por el estilo.

No se acostumbra ni lavar al muerto, ni ordenar su cabello, ni cerrarle los ojos o la boca. No se realiza ningún tipo de pintura del cuerpo, ni aun de la cara⁶⁶. En tanto parte de los hombres pone el cadáver en posición extendida, con el rostro dirigido hacia arriba, los otros buscan de cuatro a seis tronquillos, de unos dos dedos de espesor y aproximadamente del largo de un hombre. El abrigo de pieles del difunto se extiende —dentro de la choza— sobre el piso, generalmente de manera tal que la lana quede hacia arriba. Sobre su línea central se extiende el cadáver. Alrededor de éste se colocan —equidistantes— los tronquillos mencionados. Alrededor de todo, y por tanto alrededor del cadáver, se arrolla en espiral una correa de cuero, para que las varillas no pierdan su orientación. La misión de estas últimas es garantizar una posición extendida del cadáver. Por esta razón se cuida especialmente que las varillas tengan una posición exacta. Cuando el cadáver está bien envuelto en el abrigo, se coloca otra correa muy fuerte alrededor de todo, en arrollamiento espiral desde la cabeza hasta los pies, se aprieta bien y se ata⁶⁷. Con sumo cuidado se cubren la cabeza y los pies; no obstante, es posible reconocer la posición de la cara.

Dado que en la mayoría de los casos el abrigo del hombre es más corto que el largo total del eje del cuerpo, se colocan dos abrigos, uno a continuación de otro. Nadie me supo decir por qué motivo especial

⁶⁶ El cadáver de cada hechicero recibe un tratamiento especial, al que nos referiremos más adelante.

⁶⁷ Ver al respecto: BARCLAY (a): 76, BEAUVOIR (b): 209, BORGATELLO (c): 64 y (SN: IV, 199; 1898), COJAZZI: 72, DABBENE (b): 260, GALLARDO: 320 y otros.

se coloca hacia adentro la cara del abrigo que lleva la lana⁶⁸. Nunca pierden de vista que el cadáver quede en posición dorsal.

β. Sepultura

Nuestros aborígenes nunca practicaron la cremación de los cadáveres (ver GALLARDO: 320). Esto sólo lo afirma el irrelevante LISTA (b): 80. Tampoco existen cementerios comunes, institución ésta que sería imposible por su vida vagabunda. Cada cadáver recibe su sepultura individual a poca distancia del lugar donde se ha producido la muerte. Los deudos nunca acompañan al cadáver hasta su última morada. Toda la gente permanece en el campamento, en tanto que una partida de dos a seis hombres sepulta al difunto en un lugar donde no pueda ser encontrado fácilmente.

La inhumación se realiza con la mayor sencillez. Una vez que el cadáver está envuelto y fuertemente atado, algunos hombres lo llevan afuera. En esto siempre participa un pariente cercano del muerto. Si se trata de un niño, es entonces el propio padre o hermano quien carga el cadáver, y se interna con él totalmente solo en el bosque. Cuando se trata de adultos, dos o tres hombres se colocan a cada lado del envoltorio que contiene el cadáver, pasan todos el mismo brazo por encima de aquél, lo toman desde abajo, lo levantan, apoyan el bulto en la propia cadera y lo sostienen con la mano ahuecada, oprimiéndolo fuertemente, y con el brazo arqueado. Así pasan apretadamente a través de la estrecha abertura de la choza, para ganar el exterior. Con paso acompasado toman el rumbo convenido de antemano entre ellos. El transporte se ve facilitado porque los tronquillos mantienen al cadáver en posición rígida y derecha.

En estos momentos comienza un gemir y aullar desmesurado de todos los presentes. Algunos se producen heridas y se muestran totalmente abatidos por el dolor. Pueden pasar horas antes de que la calma renazca. Esta exteriorización totalmente autóctona, casi salvaje, de los sentimientos de dolor me causó, a pesar de todo, una impresión más bien conmovedora que repulsiva.

En la Isla Grande sólo se practicaba la sepultura en tierra. En el sur se elegía un adecuado lugar en el bosque; en el norte, carente de árboles, se buscaba alcanzar, en lo posible, algún lugar con arbustos o el pie de una colina⁶⁹. Nunca eran exigentes en la selección del lugar; estaban ya conformes cuando enterraban el cadáver a buena distancia de las viviendas. Si por casualidad había en el lugar un campamento grande, los hombres recorrían un trecho mayor que para el

⁶⁸ Que para un "capitán" se use un abrigo de piel de zorro, como afirma BEAUVOIR (b): 210, resulta totalmente impensable por el simple hecho de que entre nuestros selk'nam ni siquiera existe un cargo de ese tipo, o cualquier sistema de cacicazgo.

⁶⁹ Es incorrecta la opinión de HOLMBERG (a): 59 —que sostiene él solo— en el sentido de que los aborígenes "eligen para tumba un lugar en que el terreno sea duro, de preferencia las alturas". A nadie se le ocurre cargar el cadáver a través de largas distancias.

caso de un campamento compuesto de dos o tres chozas. Nunca se sepultaba el cadáver en la propia choza del muerto ⁷⁰.

Sería contrario a la realidad si en esta descripción asignara especial valor a la disposición de la sepultura: el paisaje de la Isla Grande es demasiado variado, ¡y la muerte puede alcanzar a una persona en cualquier lugar! Precisamente por eso se usa sepultar en el lugar del fallecimiento, porque el traslado del cadáver a otro lugar sería demasiado dificultoso. Los hombres —entre tres y seis— que han sacado al difunto de la choza toman cualquier dirección; cuando llegan a un lugar adecuado, depositan su carga en el suelo.

Con algunos palos puntiagudos se separa en primer lugar el follaje, y luego se excava una capa poco profunda de tierra, correspondiente al tamaño del cuerpo envuelto. Para quitar la tierra se utilizan —a guisa de pala— la mano ahuecada o las lascas filosas, y a veces también un omóplato de guanaco o de lobo marino. La profundidad de la excavación está determinada por la tierra misma. En la pampa abierta y en la arena es más fácil trabajar; aquí la excavación debe ir más abajo que en el bosque, donde se dispone de buena cantidad de ramas, troncos y follaje para tapar la sepultura. Por lo tanto, en los lugares boscosos sólo se excava una capa de tierra de pocos centímetros de profundidad; en los lugares arenosos de la llanura abierta, el cadáver debe ser enterrado a una profundidad tal que luego de concluido el trabajo el lugar quede a igual altura que la superficie circundante.

Nunca se cubre al cadáver con un montículo de tierra. Porque de esta manera la sepultura sería reconocible como tal, cosa que el indígena evita por principio. En el bosque, en cambio, un pequeño montículo de piedras y ramas no llama la atención, pues las inclemencias climáticas y las estaciones pronto borran todas las huellas. Al pie de una escarpada ladera de cantos rodados, los sepultureros se pueden ahorrar la molestia de excavar la tierra; se acerca lo más posible el cadáver a la ladera, generalmente sobresaliente, y se hace caer encima tanta tierra como sea necesaria para tapar el cadáver ⁷¹. Para ello se punza con palos puntiagudos, o se escarba con cuchillos de piedra. No se presta especial atención a la construcción de la fosa; pues se carece de las herramientas necesarias. La gente del sur coloca el cadáver en una fosa poco profunda, porque, por las varillas, no ha modificado su postura extendida. El cuerpo se coloca con el rostro hacia arriba ⁷², a pesar de que no se presta atención temerosa a esta circunstancia. “¡Así es la costumbre!”, me decían.

⁷⁰ Erróneas o exageradas son las opiniones de DABBENE (a): 74 y (b): 260, BENIGNUS: 233, BORGATELLO (c): 64 y (SN: IV, 199; 1898), HOLMBERG (a): 59, BEAUVOIR (b): 209, y otros.

⁷¹ GALLARDO: 320 ha descrito algunas formas de tumba, teniendo en cuenta las múltiples presentaciones del terreno. Pero todas ellas están condicionadas por las circunstancias del lugar, lo cual es totalmente indiferente para el tipo de tumba en sí.

⁷² BEAUVOIR (b): 210 hace enterrar erróneamente el cadáver “boca abajo”, cuando en realidad los indígenas toman la precaución de que el rostro del difunto quede hacia arriba en la tumba.

Inmediatamente, los hombres preparan una capa de tronquillos pequeños y ramas cortas, que cubre casi por completo al cadáver; sobre esto se colocan piedras pesadas y, encima, abundante y espeso follaje. Algunas ramas se arrojan en forma desordenada en las cercanías, con el fin de borrar todas las huellas de pisadas⁷³. Pocas semanas después, esta tumba ya no sería localizable; sólo los pocos hombres que la han hecho se acordarían del lugar.

Puesto que la gente del norte, en la mayoría de los casos, no tenía a su alcance follaje, enterraba más profundamente al cadáver y lo cubría con una capa más gruesa de piedras y casquijo. Como única razón para estas capas de piedras, ramas y follaje por un lado, arena y casquijo por el otro, la gente menciona su intención de evitar que los zorros desentierren el cadáver⁷⁴. Los selk'nam muestran una generalizada y fuerte repugnancia natural por los huesos humanos.

La cuidadosa eliminación de todo rastro que de late una tumba es fundamentada por la gente con el deseo de que "Nada nos ha de recordar a nuestro difunto"⁷⁵. Esta noción se halla en completa coincidencia con algunos otros usos; sobre todo, dejan de pronunciar el nombre de su pariente o amigo fallecido. Por consiguiente, aquellos hombres que han oficiado de sepultureros no revelan a nadie el lugar de la sepultura. ¿Quién preguntaría, por otra parte, por su ubicación? Esa sepultura quedará incógnita para siempre y para todos⁷⁶.

Nuestros indígenas no tienen la costumbre de agregar a la tumba objetos de cualquier tipo. No se acostumbra enterrar junto con el difunto vestimenta, armas, utensilios o comida.

Después de un cierto tiempo, alguno de aquellos sepultureros acostumbraba regresar al sitio de la sepultura, con el fin de inspeccionarla brevemente. Lo que haya que arreglar, se hace de inmediato. Si los zorros o los perros hubieran desenterrado el cadáver, la tumba vuelve a ser puesta en condiciones. El selk'nam que ha tocado huesos humanos durante este trabajo, se lava lo más prontamente posible, por una necesidad de higiene.

Si el indígena calla ante sus propios paisanos el lugar donde ha dado a uno de los suyos su última morada, no puede extrañar, entonces si, ante un europeo, se mantiene más firmemente aun en su silencio. GALLARDO: 321 también había sabido que aquí se trata de un asunto "que no dicen por nada del mundo"⁷⁷.

⁷³ Ver BARCLAY (a): 77, BORGATELLO (c): 64, COJAZZI: 72, DABBENE (b): 260, HOLMBERG (a): 59, SEGERS: 65, y otros.

⁷⁴ La misma práctica es expresada por BEAUVOIR (b): 209, COJAZZI: 72, DABBENE (b): 260 y SEGERS: 65.

⁷⁵ En lugar de eso, BORGATELLO (c): 64 y HOLMBERG (c): 59 mencionan algunas interpretaciones muy particulares, que están totalmente alejadas del estado de cosas real y contradicen ostensiblemente las verdaderas intenciones de los indígenas.

⁷⁶ Nunca se enciende en ese lugar un fuego, como lo afirman BARCLAY (a): 77 y DABBENE (a): 74; pues los "sepultureros" tienen mucho interés en realizar su trabajo de modo tal que ni la más mínima huella conduzca a la tumba.

⁷⁷ Esta circunstancia, como también las fuertes influencias del tiempo, crean al investigador graves dificultades para hallar restos de esqueletos de los indíge-

Fuera de la sepultura en tierra, el selk'nam no conoce otro tratamiento del cadáver. GALLARDO: 320 menciona como excepción que un cadáver sea sepultado en "alguna caverna"; pero allí no hay cavernas. O también "dentro del tronco hueco de un árbol, según vine a saberlo durante mi estadía en la Isla de Dawson"; a esta isla nuestros indígenas habían sido llevados a la fuerza. La "privación de la sepultura... , tenida como un gran desprecio", mencionada por BEAUVOIR (b): 210 no puede demostrarse como hecho o costumbre. No obstante, el cadáver de aquel que había caído en manos de un asesino o había sido derribado en el campo de batalla no era enterrado por los mismos autores de su muerte, pero sí por los parientes del fallecido. Antropofagia y profanación de cadáveres eran aquí desconocidas (ver pág. 454).

v. Los bienes del difunto

Es regla general vigente entre los selk'nam que lo que poseía el difunto en calidad de patrimonio personal, se quemaba⁷⁸. Puesto que es el dueño exclusivo de estas cosas, nadie más tiene derecho a poner en ellas sus manos. Por otra parte, el nuevo dueño recordaría permanentemente al anterior, lo que constituiría para aquél continuo motivo de tristeza.

Sólo muy de vez en cuando se espera el regreso de los hombres que han dado al muerto su última morada. Apenas salen aquéllos de la choza con el bulto, los parientes comienzan a arrojar al fuego todos los utensilios del difunto. Todos los presentes participan de esta incineración, y, de vez en cuando, también es presa de las llamas algún objeto que no le pertenecía. Si el fuego no se alzara lo suficiente como para poner en llamas la choza misma, los dueños ayudan para que ello suceda. La incineración de la choza va acompañada del fuerte llanto y de los gritos de los circunstantes.

Si la muerte ha alcanzado al mismo jefe de la familia, su esposa se preocupa poco por las cosas del patrimonio de ella misma que puedan llegar a ser presa de las llamas. Lo mismo vale para el caso inverso. Porque al cónyuge supérstite le resulta muy deseable que desaparezcan de su vista objetos que puedan haber servido, aunque sea ocasionalmente, al uso común, y que, por eso, despertarian demasiado a menudo los recuerdos del ser fallecido. Así se queman más cosas de lo necesario. Mientras la choza se va consumiendo, los deudos la rodean llorando y gimiendo. Cuando el fuego se extingue, se dispersan o vuelven a reencontrarse en la choza de un pariente cercano del difunto⁷⁹.

nas de aquellas regiones, reunirlos en cantidades mayores y llevarlos a casa sin ser molestado.

⁷⁸ Confirman este hecho BEAUVOIR (b): 209, BORGATELLO (SN: IV, 199; 1898), FAGNANO (BS: XXIV, 46: 1900), GALLARDO: 321 y HOLMBERG (a): 75. Las restricciones que hacen BARCLAY (a): 76 y DABBENE: 262 son su propia e irrelevante opinión, que se aleja muchísimo de la concepción indígena.

⁷⁹ Que la ceniza de esta hoguera sea arrojada luego al aire, como lo afirma SEGERS: 65, no lo pude confirmar. Además, ¿para qué alguien iba a tomarse esta molestia?

Con los perros se hace una excepción (a la regla mencionada). Dicen: "¡No es grato al difunto que se mate a su animal, que fue un fiel acompañante y una ayuda muy útil!" Un pariente cercano entrega el perro generalmente a aquella persona que muestre interés por él. En caso contrario, también suele llevarse un pariente lejano, probablemente porque ya tiene familiaridad con el animal. El esposo o la esposa de una persona fallecida nunca se queda con el perro del cónyuge muerto, pues no quiere que algo le recuerde a la persona fallecida. No se conocen reglas fijas para la distribución de los perros de un difunto⁸⁰.

Hasta ahora he relatado cómo se procede cuando fallece una persona adulta. Cuando el difunto es un niño, sus objetos de uso personal también van a parar a la hoguera. Al margen de ello, el padre y la madre entregan algunos de sus propios objetos a otras personas, o los queman con sus propias manos, como arco, flechas, carcaj, honda, cuchillo de piedra y cosas similares. Porque nada debe quedar que pueda recordarles a aquel amado niño que la muerte ha arrancado de su lado. Es que el padre considera que con aquellos utensilios y armas se ha procurado todo lo que sirvió de alimento y de vestido para su niño mimado; por eso ahora no quiere volver a ver esas cosas. Durante el primer período de duelo, el padre es socorrido y mantenido por parientes u otras familias presentes, hasta que, lentamente, comienza a confeccionarse nuevas armas y a procurarse el sustento para la familia.

Si el niño ha fallecido muy pequeño, entonces es la madre la que acostumbra incinerar todas las pertenencias del pequeño, tales como su vestimenta, juguetes, adornos; poco después también las cosas que estaban en cierta relación con el niño, sobre todo el usual bastidor para niños de pecho; por último también algunas pertenencias propias, que había tocado su hijito. Porque si la madre viera todos estos objetos, también recordaría su amarga pérdida.

Aquí se pone de manifiesto cuán profundamente arraigado se encuentra el amor a los hijos en el corazón de los padres. Por esta razón, los padres reciben durante los primeros días del duelo un solícito apoyo de toda la gente que vive en el mismo campamento. Así pueden abandonarse a su dolor sin tener que preocuparse por el alimento diario. No constituyen una carga para nadie, y todos comprenden su estado de ánimo.

En caso de producirse un fallecimiento cuando una familia vive completamente aislada y lejos de los demás, se llama en lo posible a algunos miembros de la tribu. De no ser ello posible, todos los miembros de la familia, sin excepción, deben ayudar en la preparación del cadáver y en su sepultura. No debe perderse nunca de vista que las acciones y omisiones de estos hijos errantes de la naturaleza están regidas por reglas generales, pero su aplicación individual depende de las circunstancias de cada caso. Eso tiene vigencia también para el tipo de entierro.

⁸⁰ Sólo GALLARDO: 321 menciona esta costumbre: "Todo lo que era de uso del muerto [se] destroza y se quema, menos los perros".

3. Manifestaciones de duelo

Si un extraño observa a un grupito de selk'nam en duelo, probablemente no esté en condiciones de individualizar, exclusivamente por su conducta exterior, a las personas unidas al difunto por lazos más estrechos de amor y parentesco. Porque todos los presentes sienten la pérdida con enorme pesar. También en la Tierra del Fuego los hombres son mucho más moderados en la exteriorización visible de sus sentimientos que la parte femenina de la población. Pero también por las mejillas de los hombres, curtidas por la intemperie, corre de vez en cuando un torrente de lágrimas, y sus corazones pueden ablandarse tanto como el de una niña.

a. Duelo en presencia del cadáver

La conducta y la expresión de una persona gravemente enferma permiten adivinar a los circunstantes que le ha llegado su última hora. El dolor y la compasión pronto se manifiestan bajo la forma de suspiros prolongados, que se transforman en gemidos y lamentos en alta voz. Poco a poco van llegando los ocupantes de las chozas vecinas. Éstos se hacen partícipes del estado de ánimo existente, y todo el campamento reunido en torno del moribundo se convierte inmediatamente en una reunión de duelo. Cuanto más se acerca el desenlace fatal, tanto más vividamente conmovidos se muestran todos, y tanto más se incrementa la inquieta excitación de todos los presentes.

Al sobrevenir el fallecimiento, las mujeres lanzan repentinamente un grito y aúllan largamente. Los hombres son más medidos, a pesar de su profunda participación. Aquella manifestación general y ruidosa de los sentimientos de pesar puede durar —con todo su desenfreno— hasta tres horas, con altibajos. Si la muerte se produjo al atardecer o durante la noche, los lloros siguen hasta la mañana siguiente. Los parientes más próximos muestran una resistencia a toda prueba; su expresión facial y su conducta se parecen a las de chicos que gritan.

Aunque el moribundo pueda no haber muerto aún, los parientes más cercanos ya comienzan a frotarse con polvo de carbón de leña el rostro, los brazos y el torso. Esto se realiza con algunos movimientos bruscos, de modo que pueden verse las trazas de los dedos, con toda su irregularidad, en todas las direcciones. La madre que llora un retoño, aquellos niños que ven morir a uno de los padres, se producen a sí mismos algunos rasguños en el pecho y en los miembros, utilizando piedritas filosas. Por sus gestos algo salvajes, los cortes son a veces bastante profundos y sangran mucho. Si, además, se observa el rostro desgarrador de una persona en ese estado de luto, todo su aspecto causa —incluso en los europeos— un efecto impresionante e indescriptible, que trasunta vividamente el dolor salvaje.

Junto al cadáver todo es llorar, aullar y gritar, acompañado de movimientos de cuerpo más o menos excitados. Los deudos que han retornado nuevamente a su choza, continúan allí

sus expresiones de queja y suspiro, al menos por un tiempo. Las mujeres son tan compasivas y demuestran poseer tanto tacto, que el primero y segundo día nunca dejarían sola a la principal víctima del dolor; dos o tres quedan con ella y la acompañan en su llanto.

β. La conducta personal

Sobre todo los parientes más cercanos de un difunto son los que se sienten estimulados a cumplir con las usuales exteriorizaciones de luto, cuyos tradicionales símbolos se colocan inmediatamente después del sepelio. De ello participan también los habitantes del campamento y los visitantes ocasionales.

1- Las manifestaciones de duelo más comunes son los lamentos llorosos o los quejidos aullantes, que a veces pueden durar hasta dos años, pero en la mayoría de los casos sólo se extienden por un año. Una madre que ha perdido a su hijo es la más perseverante en este sentido. Ello se da con una regularidad tal que en los primeros tres meses que siguen al fallecimiento, seguramente no deja un solo día de hacer sus lamentaciones.

Cuando en un atardecer de enero de 1919 llegué, por primera vez, al campamento junto al Río del Fuego, no tuve ese mismo día tiempo suficiente para visitar todas las chozas. Cansado por la larga cabalgata, me acosté a descansar. Pero con las primeras luces del alba, alrededor de las cuatro, me despertó un gemido uniforme e ininterrumpido, cargado de profunda tristeza. Parecía el lamento quejumbroso de un perro y duró unos cuarenta minutos. Sólo al romper el día logré saber que se trataba de la anciana esposa de SAIPOTEN, que, desde hacía ocho meses, descargaba de esta manera —casi todos los días— su dolor de madre por la pérdida de su hijo fallecido.

Estos quejidos se asemejan, como ya se dijo, al prolongado aullido lloroso de un perro. Los sonidos individuales se producen intermitentemente⁸¹; comienzan apenas perceptibles, crecen y se pierden suavemente. Por lo general al comienzo se puede distinguir indubitablemente una *u*, que poco a poco se transforma en *o* y finaliza con una *a*. Cada uno de estos quejidos dura de cinco a ocho segundos; las pausas entre ellos duran al principio apenas tres segundos, pero poco a poco se estiran hasta diez segundos, a causa del inevitable agotamiento. Este llorar se extiende como mínimo por treinta minutos, porque la mujer de luto primero canta para entrar en un estado de ánimo adecuado, y luego debe salir otra vez de él, visiblemente aliviada. Pero por lo general tal desbordamiento de dolor se extiende por una hora completa.

En las primeras semanas después de un fallecimiento se acostum-

⁸¹ BARCLAY (a): 77 describe estos lamentos como "long-drawn howls, repeated at intervals, much as a dog might". Esta descripción es parcialmente cierta, aunque todo el canto fúnebre no se compone sólo de eso. Ver al respecto COJAZZI: 74 y DABBENE (b): 260.

⁸² Ver BORGATELLO (SN: IV, 199; 1898). Los indígenas que se habían establecido

bra oír los llamados de la madre o de la esposa de tres a cinco veces diarias, tantas como la vence el sentimiento de dolor⁸². En todos los casos, los lamentos se escuchan al amanecer y al atardecer. Una vez que las primeras semanas de luto hayan pasado, la mujer limita sus lamentos públicos a una hora temprana de la mañana. Esta hora de total silencio en el campamento es para ella la más expresiva; además, nadie la interrumpe en ese momento. Por lo general está afuera, en cuclillas, apoyada contra su choza, salvo que el mal tiempo le impida salir. En este caso se acurruca en su lecho o junto al fuego, mientras los demás habitantes de la choza permanecen acostados; en sus lamentos la acompaña a menudo una hija adulta o una parienta (ver COJAZZI: 74). Un padre que llora a su hijo se deja oír habitualmente sólo durante las primeras dos o tres semanas; pero mientras deja oír su canto fúnebre monótono, siempre permanece sentado dentro de la choza. En cambio se lo encuentra durante meses con el semblante sumamente triste. Mudo e inmóvil, se está sentado a veces por horas en el mismo lugar, reflexionando acerca de su pérdida.

Los gritos fúnebres, descritos según su característica fonética, son los mismos para la muerte de una persona adulta que para un funeral comunitario. Aquel aullar hueco, tenebroso, que me había despertado al amanecer después de mi primera noche en el campamento de los selk'nam, sonaba inquietante, angustiante. Me conmovió hasta los tuétanos.

2- Como expresión de luto se practican heridas cortantes o rasguños en la piel; estas heridas suelen causárselas parientes cercanos tanto de sexo masculino como femenino⁸³. Ya se comienza con esta práctica en el momento en que el moribundo deja esta vida. Para ello, los indígenas se producen rasguños rectilíneos a lo largo de brazos y piernas, o a lo largo y a lo ancho del pecho, usando como herramienta un cuchillo de piedra, esquirlas de valva o un pedazo de vidrio. No se presta especial cuidado en producir líneas exactamente trazadas, pues los movimientos son bruscos y apasionados. Sólo cesan de producirse rasguños cuando corren delgados hilos de sangre, o caen gotas más o menos grandes⁸⁴.

Las mujeres, entre quienes las explosiones de sentimiento se desarrollan sin ningún freno, se comportan a veces como si hubieran perdido la razón. Se desgarran los pechos y la cara interna de las piernas, de modo que estas partes aparecen cubiertas de arañazos. A los niños menores de doce años no se exige la práctica de tales autotorturas. Una madre que llora la muerte de su hijito es la que más despiadadamente procede contra sí misma. En todos los casos, las mujeres se producen estos arañazos mientras emiten aullidos quejosos y sollozantes, o lloros constantes.

cerca de la estación misionera y lloraban a un muerto, "continuerebbero anche la notte, se non si proibisse loro", como lo informa FAGNANO (BS: XXIV, 46; 1900).

⁸³ Ver BORGATELLO (c): 52, 65. LISTA (b): 138 limita esta costumbre erróneamente a las mujeres.

⁸⁴ Discrepan parcialmente con esta explicación BORGATELLO (SN: IV, 199), COJAZZI: 72, DARBENE (b): 262 y DEL TURCO (SN: X, 144; 1904).

No sólo el día del sepelio de su hijo o de sus padres los deudos practican esta autotortura. En algunos casos aislados dura más de tres años. El patrón de medida para la duración es la intensidad del afecto y el temperamento. He observado que en las mujeres el llorar dura más tiempo y la autotortura se concluye antes; en los hombres la situación es a la inversa. Al viejo SAIPOTEN todavía lo vi ocupado con este sangriento "diseño de luto" en febrero de 1922, aunque su hijo había fallecido dos años antes. Los hombres ancianos se muestran aquí más perseverantes que los de edad media.

Se practica además otra autotortura de tipo similar: bajo el imperativo de un estado de ánimo fuertemente entristecido, o luego de una pesadilla, el hombre se acurruca en el borde de su lecho; en este caso prefiere que nadie se encuentre en la choza. Con una esquirra filosa de piedra se corta, mediante movimientos horizontales de vaivén, una herida poco profunda de unos veinte mm de largo y cinco mm de profundidad, inmediatamente debajo de la rótula. Con la esquirra mencionada, y mediante un trazado superficial en la piel, se pone ahora a señalar el camino hacia el pie a las gotas de sangre que brotan lentamente. A partir de la herida, y guiando lentamente al delgado hilo de sangre, dibuja primeramente una línea longitudinal de dos a cuatro mm de ancho por el borde anterior de la tibia, línea ésta que llega casi hasta el tarso. Esto puede demorar hasta quince minutos. Ahora la herida o bien debe ser rasguñada nuevamente, o bien se masajea con los dedos su contorno de manera tal, que brota más cantidad de sangre. Con ella, el hombre se dibuja una nueva línea, al lado de la línea central, ya seca. En la misma forma que éste, también el otro lado recibe luego un hilo de sangre. En lo posible se mantiene la simetría a ambos lados. Esta tortura se continúa hasta que la pierna está adornada con siete o nueve franjas delgadas de sangre coagulada, de modo tal que se abren hacia abajo como rayos.

Durante este proceso observé al viejo SAIPOTEN, que me había permitido sentarme en su choza. Noventa minutos estuvo ocupado de esta manera, y en todo este tiempo no separó la vista de su herida ni pronunció palabra alguna, y dejó caer algunas lágrimas, todo con un semblante de aspecto profundamente triste. Había dibujado sobre su pierna siete líneas de sangre. Por fin levantó nuevamente la cabeza y quedó con la mirada perdida, ensimismado. Mantenía ambas piernas recogidas, con la rodilla flexionada, de modo que cualquier visitante u ocupante de la choza podía observar en su pierna derecha la obra de autotortura. Pero nadie fijaría en ella su mirada con curiosidad; sólo fugazmente se echaría una mirada, y se evitaría todo lo que pudiera incomodar a aquel viejo en sus sentimientos. Desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde había permanecido SAIPOTEN en su choza, ocupado en las exteriorizaciones de su dolor. Luego se levantó y caminó un poco por fuera. Por fin comió algo. Pero todo el día estuvo muy callado, ocupado sólo con su aflicción por la pérdida de su hijo.

Este juego de efusión de sangre causado sobre sí mismo, sólo usual entre los hombres, no es practicado por las mujeres, que se conforman con algunos rasguños irregulares y fugaces que suben

y bajan por los pechos y las piernas. Las mujeres se causan estos arañazos durante su canto fúnebre, y ante todo les interesa una consciente sensación de dolor (ver GALLARDO: 317).

Al día siguiente observé, desde una choza en que me había escondido, a la anciana KOSYIPEN, que me había despertado con sus gemidos la primera noche de mi estadía en el campamento del Río del Fuego (ver pág. 530). Hacia las 4 de la mañana salió nuevamente de su choza, se colocó del lado opuesto a la entrada, se quitó su abrigo de piel y se acurrucó en el suelo. En seguida empezó a gemir lastimosamente; al cabo de un tiempo se levantó, se agachó hacia adelante, y se aplicó los primeros rasguños en las piernas, frotando con una piedra puntiguda desde el tarso hasta la mitad de los muslos. Luego se acurrucó nuevamente, sin dejar de lamentarse. Dos veces más se enderezó para aplicarse esta tortura, pero también en cuclillas se aplicaba continuamente nuevas heridas. Así estuvo dedicada casi una hora entera a sus lamentos. Al cabo de una breve pausa, se levantó nuevamente y se puso su abrigo. En silencio entró a la choza. Allí permaneció una hora más sentada junto al fuego, completamente ensimismada. Sólo entonces consumió algo de carne y comenzó con sus trabajos. Las mujeres salen de sus chozas a una hora tan temprana, con el fin de dedicarse a sus costumbres de luto, probablemente porque para ello se desprenden de sus abrigos de pieles y no quieren ser molestadas en su desnudez por miradas curiosas.

Cuanto más tiempo ha pasado desde el fallecimiento, tanto menos frecuente es el ejercicio de estas ceremonias de duelo; pasado el tercer año, prácticamente ya no se aplican. La gente de edad se ocupa de ello con mayor frecuencia y por más tiempo que la gente joven.

3 - Otra señal de luto, el corte del cabello de la coronilla, es especialmente llamativa por su curiosidad. Tanto los adultos de ambos sexos, como también niños, se practican este corte el día del fallecimiento de su pariente, o poco después. Se parece exactamente a la tonsura de un monje franciscano⁸⁵, y se designa con el nombre de *k'ekóit* (ver Fig. 82).

La cabeza se prepara de la siguiente manera: el cabello largo se recorta en primer lugar con cuchillos de valva. Para hacerlo, el "peluquero" toma uno tras otro mechones de cabello de su cliente, de un dedo de grosor, y los coloca sobre la cara interna de una valva puesta debajo. Luego serrucha con el filo de otra valva hasta cortar el mechón. Esta valva se afila, lo que se hace necesario a menudo, en una piedra blanda y áspera. Concluida esta parte, la cabeza tiene un aspecto sumamente hirsuto. El proceso no se realiza sin producir al cliente tirones y pellizcos dolorosos. Luego se coloca en el pelo un peine chato de barba de ballena, que se aprieta contra el cuero cabelludo; los restos de cabello que asoman entre los dientes se chamuscan hasta la altura

⁸⁵ Breves referencias a este uso proporcionan: BARCLAY (a): 77, BEAUVOIR (b): 20, BORCATELLO (SN: IV, 199), COJAZZI: 74, DEL TURCO (SN: X, 144; 1904), GALLARDO: 319 y otros. DABBENE (b): 262 cree, erróneamente, que este corte de cabello en forma de tonsura sea practicada sólo por los hombres, cuando en realidad son las mujeres las que mantienen por más tiempo que los hombres esta señal de luto.

del peine, utilizando para ello una ramita en brasas de *Chiliotrichum diffusum*⁸⁶. Pedazo a pedazo se realiza entonces el chamuscado de lo que resta de los cabellos. Por último se forma, con gran exactitud y regularidad, el límite entre el cabello recortado y el que ha quedado con su longitud natural. Los restos de los pelos chamuscados también sobresalen del cuero cabelludo con longitud pareja, como si hubieran sido cortados con una tijera mecánica. No se modifica nada en el borde del cabello que circunda la cabeza. Entre hombres y mujeres hay personas con la mano tan segura, que se atreven a llevar la ramita en brasa, sin usar el peine, sobre la parte media de la cabeza cubierta de pelo, muy cerca del cuero cabelludo; su trabajo resulta totalmente regular. Por lo general se puede observar que se chamuscan unos dos tercios de la superficie provista de cabello, distribuida alrededor de la coronilla.

Como los parientes más cercanos suelen mantener esta señal de



Fig. 82. — Corte de cabello en forma de tonsura como señal de luto.

⁸⁶ Este procedimiento revela gran similitud con el exacto bordeo cuando se desbarban las plumas para la confección de flechas (ver pág. 218), trabajo éste que todos los hombres realizan con gran habilidad.

luto al menos durante un año⁸⁷, resulta necesario acondicionar a menudo esta tonsura, porque no se permite que los cabellos alcancen a tener más de quince mm.

4. Una especial pintura del cuerpo también sirve como señal de luto. Fuera de unos pocos diseños determinados, específicos para ese fin, se utiliza por lo general sólo pintura negra y roja. La pintura de luto en general se llama *k'armán*. Ya antes de producirse el fallecimiento de la persona llorada por ellos, los parientes más cercanos se frotan la cara y el torso con polvo de carbón de leña (ver POPPER [d]: 138), en tanto los demás presentes usan polvo rojo (ver BORGATELLO [c]: 65). De todos modos no resulta extraño si, en otra ocasión, todos sin distinción se aplican sólo tierra colorada sobre cabeza y cuello. Parece que prefieren mucho más usar el rojo. En algunos casos individuales un hombre doliente se cubre todo el cuerpo con colorante rojo; pero no lo haría con colorante negro.

Cada una de las personas que están junto al lecho mortuario considera su obligación proveerse de una pintura de luto; incluso los niños se aprestan a ello. Quien debe llevar la noticia de la muerte a otro campamento renueva su dibujo facial antes de la partida, para poder ser reconocida ya desde cierta distancia. Aun antes de que el mensajero tenga oportunidad de hablar, esa gente toma sus colorantes para concretar su participación en el duelo.

Aparte de ello, parecen haber estado en uso diseños especiales dedicados exclusivamente a la expresión del duelo. GALLARDO: 320 asigna al grupo del norte la costumbre "de hacerse con pintura negra rayas y puntos en la frente, pómulos y carrillos". Otra particularidad es señalada por BORGATELLO (c): 65: "Se il defunto fosse morto nell'acqua, i parenti si dipingono la faccia alternando linee ondulate bianche e nere". En esto veo una influencia de los yámana, porque entre éstos la pintura de la cara —específica para cada caso— expresa por sí misma la causa de la muerte, como si fuese una etiqueta. Entre los selk'nam, en cambio, los amigos y los parientes —incluso después de cualquier accidente— se pintan la cara uniformemente de rojo, se practican la tonsura y lloran amargamente.

Depende de cada individuo llevar las señales de duelo todo el tiempo que quiera. Mientras inmediatamente después del fallecimiento los parientes más cercanos se pintan la cabeza, la cara y el cuello con colorante rojo, después de algunas semanas se limitan a colorearse solamente la cara, si bien GALLARDO: 319 opina que "esta pintura se usa generalmente unos seis meses, pero a veces se encuentran indios que a los dos años llevan aún luto". Pero en este lapso puede haber fallecido otro amigo o pariente, de modo que podría no siempre ser tan sencillo determinar con cuál caso de fallecimiento relaciona una persona sus atributos de luto.

5. En el luto personal se conjugan también algunas representaciones morales y religiosas fundamentales. Es suma-

⁸⁷ BARCLAY (a): 77 escribe que "the period of mourning lasts from one year to three, during which time the head is tonsured". De ninguna manera limita esta costumbre a los hombres, como lo hizo erróneamente DABBENE (b): 262.

mente difícil lograr de los indígenas una aclaración al respecto. Por un lado, el respeto impide hablar del Ser Supremo y, por otro, sería infinitamente inoportuno interrogar acerca de sus pensamientos a una persona que está de luto.

Cuando alguien muere, a los circundantes les viene nuevamente a la memoria la creencia general de que es *Temáukel* quien causa la muerte. En relación con el caso presente surgen recuerdos de otros casos de fallecimiento y de las sensibles brechas que la parca ha causado en las filas de los amigos. Por eso, en el fuero íntimo de cada alma se cierne un grave encono contra 'Aquél-allá-arriba', que es el único culpable de tanto dolor.

Tales pensamientos y reproches son callados profundamente por los deudos, que sólo muy raras veces hablan de ello, con voz queda y actitud esquiva⁸⁸. Cada caso de muerte obliga a la gente, de alguna manera, a una interiorización reflexiva.

γ. Honras fúnebres comunitarias

Puede resultar extraño⁸⁹ que entre los selk'nam no se hayan establecido actos fúnebres generales, desarrollados según un plan de ordenamiento exactamente delimitado, ni reuniones formales de cualquier tipo. La reunión de los deudos es aquí totalmente informal y desprovista de todo ceremonial. Todo ello se llama simplemente *wiwáiyen*; y es indiferente si con esta palabra se quiso señalar el acercamiento de los vecinos durante el mismo fallecimiento, o para la preparación del cadáver, que sigue al desenlace, o una reunión ocasional poco después del sepelio.

1 - El acercamiento de los vecinos al fallecer un moribundo, su conducta al producirse la muerte y durante la preparación del cadáver, siempre se mantienen dentro de las formas muy generalizadas que hemos descrito. Se escuchan entremezcladas, exclamaciones que se refieren al difunto: "Aquél no está más. Ahora estamos sin él. Él se ha ido y nosotros nos quedamos. Ha fallecido demasiado pronto. Todos lo echamos de menos, era un hombre bueno. Qué amable era. Lloramos porque ya no está entre nosotros..." Con observaciones en voz baja, dirigidas sólo al vecino más próximo, más de uno se expresa acerca del mismo Ser Supremo; pero se nota que modera sus palabras y su excitación interior, como si se cuidara. " 'Aquél-allá-arriba' lo ha hecho morir. 'Aquél-allá-arriba' nuevamente ha llamado a uno; nosotros (sólo) observamos esto, pero no podemos hacer nada (para evitarlo). El 'habitante del cielo' mata a quien él desea..." (ver pág. 475). Ningún selk'nam se arrebata tanto como para expresar verdaderas amenazas o graves acusaciones, como se pueden escuchar entre los yámana. La intensidad de la voz siempre es sorprendentemente moderada cuando se trata de tales suspiros referidos a *Temáukel*.

⁸⁸ En esto, nuestros indígenas se diferencian de los yámana, que protestan abiertamente contra su Ser Supremo, y se pelean con él en arranques de ira.

El día que alguien ha sido sepultado, no se escucha ni alegría ni risa franca en todo el campamento. Todos están en un estado de ánimo de profunda tristeza, de modo que hasta los niños deben detener sus juegos. En la choza donde se encuentran los parientes más cercanos del difunto, se produce un constante ir y venir de gente, para no dejarlos solos en su choza⁸⁹. Una y otra vez comienza de nuevo el gemir y aullar. A la noche se reúnen allí nuevamente los habitantes del campamento. Prostrados por la tristeza común, se agachan alrededor del fuego y se abandonan a las manifestaciones de su pesar hasta mucho después de la medianoche. Queda y disimuladamente, sin saludos ni palabras de consuelo dirigidos a los deudos directos, uno tras otro se retiran nuevamente. Todos consideran que es su obligación natural acompañar al compañero de tribu en su dolor.

Sea cual fuere la forma en que se juzgue esta costumbre indígena, de todos modos cabe admirar el hecho de que el dolor y la participación de todos es sincera y profunda. "Yet if their rites are few, their grief is sincere" (BARCLAY [a]: 77).

2.-Las reuniones ocasionales organizadas en lo sucesivo se desarrollan casi exactamente igual que la reunión de duelo junto al lecho del muerto. Estas reuniones también se llaman *wiwáiyen* y se convocan expresamente. La invitación parte de un pariente del muerto o de un anciano influyente del campamento. El arreglo final se completa ahora ocasionalmente durante las usuales charlas junto al fuego de la choza. Por lo general, ya se percibe un estado de ánimo deprimido. Como consecuencia de ello no es necesario, a veces, una exhortación especial para que todos se reúnan en aquella choza, de la que ya salen los quejidos quedos de los parientes más próximos. En las primeras semanas parece ser una necesidad para las mujeres desahogar su dolor mediante quejidos efectuados en compañía de otras mujeres, en reuniones al anochecer. Así, en realidad, siempre hay para los demás un motivo de adherirse a esta manifestación de luto. Tal manifestación tiene lugar sólo al anochecer. En estas ocasiones, la excitabilidad irrefrenada o el apasionamiento nunca alcanzan la medida que suelen alcanzar en presencia del cadáver; pero estos lamentos comunitarios bien estarían en condiciones de excitar los sentimientos más íntimos de un europeo.

A medida que van llegando, se pintan inmediatamente el rostro con tierra roja, que circula por la choza. Es raro que, en presencia de tanta gente, algún pariente se produzca aún rasguños en la piel del cuerpo.

Cuanto más atrás quede el sepelio, tanto más espaciadas son estas reuniones nocturnas⁹¹. Tales reuniones se desarrollan de la siguiente

⁸⁹ Los yámana organizan a menudo un funeral comunitario, que se llama *yamalašemoina-loima* (ver GUSINDE [n]: 975).

⁹⁰ BORGATELLO (SN: IV, 199; 1900) describió brevemente una reunión de ese tipo, descripción que concuerda bien con mis propias observaciones. Ver al respecto además las experiencias que monseñor FAGNANO logró reunir en su estación misionera (en: SN: IV, 90; 1900).

⁹¹ BORGATELLO (c): 65 exagera la frecuencia de tales reuniones. Una especie de entonador o antifonero, como él lo quiere suponer, no existe allí.

te manera: después de no menos de media hora de concentración, durante la cual cada uno se coloca en la adecuada disposición de ánimo, mientras permanece acurrucado, quieto y mudo, en el mismo sitio, comienza un gemir intermitente en voz baja, que aumenta poco a poco para convertirse en un aullar uniforme. Lo extraño de la reunión es que cada uno se comporta como si estuviera solo. Grita y gime, comienza y termina, con mirada enturbiada por el dolor clava la vista en el fuego o delante de sí como si no hubiera nadie a su alrededor. No existe ninguna comunicación con el vecino, y, a pesar de la numerosa ronda, cada uno está solo con sus pensamientos. Una que otra voz se muestra algo más intensa y vivaz. Pronto todo el coro crece en intensidad, para decrecer luego gradualmente, al compás de los sentimientos. Después de dos o tres horas, uno tras otro dejan de gemir. Por último, sólo es una mujer la que —con grandes pausas— emite una queja. Ahora nuevamente se produce el silencio total. La gente se separa recién entrada la noche, sería y en silencio⁹².

En esa oportunidad escuché un tipo de queja contra *Temáukel*. Le hacen reproches y lo critican: "Aquél (difunto) allí tuvo que morir. Esto lo ha causado el 'habitante del cielo'. 'Aquél—allá-arriba' es el único culpable. ¿Por qué ha permitido la primera muerte?"⁹³ Desde aquel entonces todos los selk'nam mueren. Ya somos nada más que unos pocos. Antes había muchos selk'nam. En los demás países viven grandes cantidades de otras gentes. Viven libres de perseguidores, porque son numerosos. Cuando allí muere uno, la gente no siente la brecha; pero si muere uno aquí, enseguida nos damos cuenta de qué pocos son hoy en día los selk'nam.

Hace mucho tiempo vivía aquí un hombre capaz, pero también él murió. Por él la gente llevó luto mucho tiempo. ¡Eso aún lo sabe 'Aquél—allá-arriba'! ¡Por qué 'Tú—allá-arriba' lo has hecho morir en aquel momento! Era un buen corredor, otro como él no volvió a existir. Toda la gente estuvo muy apenada. Los hombres de entonces decían: '¿Qué será de nosotros? ¿Cómo podremos cazar los guanacos? ¿Qué botín obtendremos ahora sin ese corredor tan bueno?' ... Entonces los hombres reflexionaron. Pensaron mucho. Y aprendieron cómo se hacen arcos y flechas y cómo hay que usarlos. Con eso comenzaron desde entonces a ir de caza. Pronto también enseñaron a sus perros a buscar a los guanacos en todas partes, y a ojearlos hacia los hombres. Siguieron trabajando y cazando. Tuvieron buen éxito y trajeron carne a su choza. De ese modo su dolor fue desapareciendo poco a poco. Pues cuando hubieron aprendido a manejar arco y flecha, cuando los perros pudieron ayudarles, todo (lo necesario para el sustento) estuvo asegurado. Desde entonces los hombres siempre se colocaron un *kócel* en la frente. *Keyáışk* y su familia, en especial, habían pensado todo eso y lo habían expuesto a los demás. Estos hombres siguieron

⁹² Debo desmentir, basándome en observaciones propias, la opinión en contrario expresada por BORGATELLO (SN: XIV, 258; 1908).

⁹³ Ver al respecto el relato titulado "*Kwányip* no deja resucitar a los muertos", en el que se expresa cuándo ha comenzado la verdadera muerte entre los hombres.

el consejo e imitaron todo... ¡Pero nunca más existió un corredor tan capaz como aquél! 'Aquél-allá-arriba' lo ha hecho morir. Pero hasta hoy la gente no ha olvidado a ese hombre..."⁹⁴ En sus reuniones de duelo la gente habla tanto de *Šakanušóyin* como de *Temáukel*; pero siempre brevemente y con visible represión de su excitación interior.

Tales reuniones se repiten tantas más veces, cuanto más estimado era el difunto; pues involuntariamente se recuerdan a menudo sus excelentes cualidades. Si los parientes del difunto se mudan a otro campamento y si también aquí comienzan a llorar, los vecinos se reúnen sin haber sido llamados, y se dedican a lamentos comunitarios. Se dice que tales reuniones de duelo se han dedicado a un difunto muy conocido, incluso hasta pasados más de dos años desde el entierro (ver BORGATELLO [c]: 66). El número y la repetición de los *wiwáiyen* no está determinado por una regla específica; los determinantes son el estado de ánimo momentáneo y las casualidades impredecibles.

δ. Motivos de duelo y de consuelo

Los lamentos fúnebres de nuestros indígenas, personales o comunitarios, tienen un efecto extremadamente conmovedor. Esto no puede ser conducta fingida, acuerdo carente de espíritu. Los selk'nam son sinceros en su duelo, y su dolor es amarga realidad. De esto se han convencido todos los europeos que han podido observar a nuestros indígenas en tal ocasión.

1 - Los impulsos determinantes para estos lamentos siempre son el amor al difunto y el dolor por su pérdida. Estar ahora separado de quien fue un complemento tan necesario en el sistema económico de la unidad familiar y en las necesidades espirituales, estar separado del hijo, de los padres, de buenos parientes, todo esto es algo que parte el alma a nuestros indígenas⁹⁵. Alguna que otra madre puede llegar a comportarse como una demente, tan tremendamente la conmueve este golpe del destino. Sus allegados más íntimos tienen que realizar esfuerzos para calmarla un poco. La brecha abierta por la muerte, la pérdida sufrida, todo ello impide que los lamentos se silencien, y son motivo de reiteradas autotorturas⁹⁶.

⁹⁴ Este corredor era *Sakanušóyin*. Es notable que durante el relato su nombre propio no fue pronunciado. Fue también en esta ocasión cuando escuché partes de esta historia. En la conversación que siguió, surgió nuevamente la locución "Aquél-allá-arriba", sin que yo hubiera comprendido totalmente su significado. Sólo más adelante mi memoria me llevó nuevamente hacia este rastro. Al día siguiente también me enteré de que la historia del corredor se relata sólo muy de vez en cuando, y siempre durante un funeral; porque podría despertar inevitablemente en el grupo de los presentes, recuerdos de personas fallecidas, hecho éste que, en lo posible, todos tratan de evitar.

⁹⁵ Injustificadamente, GALLARDO: 322 limita tales "grandes manifestaciones" sólo a aquellos hombres que se han hecho dignos del amor y de la estima general.

⁹⁶ Los funerales comunitarios y los repetidos lamentos individuales surgen de la necesidad de "dimostrare l'affetto e la compassione verso del loro cari" (FAGNANO, en BS: XXIV, 46; 1900). A su pregunta "¿por qué cuando morir uno, llorar mucho?", BEAUVOIR (b): 210, 217 había recibido la respuesta: "querer mucho".

La muchas veces repetida explicación de jóvenes y ancianos, de hombres y mujeres, no permite dudar ya de que todo esos lamentos y llantos, las pinturas, la gran tonsura y las heridas cortantes son, en conjunto, expresiones de un sentimiento sincero y demostraciones de afecto hacia la persona fallecida⁹⁷, que permanece ahora alejada para siempre del ámbito de los que quedan [en tierra], y tal es la causa del luto.

2 - Sabiendo todo eso, ya no extraña la singular costumbre de no mencionar el nombre del difunto, al menos durante los dos primeros años transcurridos desde su fallecimiento. Se quiere evitar que por mencionar ese nombre⁹⁸ se despierte nuevamente el dolor del luto.

Si se produce la necesidad de nombrar al difunto, se le designa mediante circunloquios fácilmente comprensibles; según BARCLAY (a): 77, "in some roundabout way". En lugar del nombre propio se dice, por ejemplo, "el que vivía en aquella choza allí; cuyo padre estuvo hoy de caza; la que estuvo casada con aquel hombre; aquel a quien el hechicero NN causó hace poco un *kwáke*; el que durante la noche se despeñó de las rocas; aquel cuyo hermano recién pasó corriendo", etc. El interlocutor comprende con facilidad a quién se ha querido referir, porque nunca hay dos personas que lleven el mismo nombre. Después de unos tres años, este silencio del nombre se suaviza algo entre parientes lejanos.

Estos hechos fundamentales se observaron consecuentemente también en la época de los antepasados. Pero en este caso se produjo un cambio del nombre propio. Cuando un antepasado se había transformado, se comenzaba a designarlo desde entonces con otro nombre. Este cambio de nombre no se realizó, por cierto, en todos los casos, pero sí en aquellos en que una personalidad mitológica subsiste aún bajo la forma de animal y es vista a menudo por la gente. Un buen ejemplo es el de aquellos que han instituido por primera vez el Klóketen de los hombres.

El siguiente episodio concuerda perfectamente con todo lo dicho: luego de muchos esfuerzos realizados en mi primer viaje, tuve la oportunidad de fotografiar —además de muchos otros individuos— también a dos jóvenes, que fallecieron meses después. En mi siguiente visita mostré las muchas fotografías tomadas el año anterior. Para ello comencé con unos hombres de mi confianza. Éstos seleccionaron calladamente dos de ellas, las pusieron a un lado e intercambiaron miradas significativas; luego observaron las demás fotografías. Por último, uno de ellos me dijo con toda seriedad: "No debes mostrar estas dos fotografías porque ambas personas han muerto. Si sus padres, que todavía hoy lloran, viesen una foto así, su dolor sería reavivado nuevamente y tendrían que gritar. ¡Entonces las demás personas del

⁹⁷ BARCLAY (a): 77 relata un hecho aislado: "Recently an old Indian clasped the body of his son, who had died from the effects of a dog-bite, in his arms, and, refusing comfort, deliberately starved himself to death".

⁹⁸ Exactamente la misma costumbre, y por las mismas razones que aquí, se ha desarrollado también entre los yámana y los halakwulup.

campamento te echarían de aquí! ¡Arroja estas fotos al fuego!" Sin más me decidí a romper las fotos en pedacitos y —ante los ojos de mis amigos— arrojé todo a las llamas. Entonces los hombres suspiraron aliviados.

3- La costumbre de los parientes sobrevivientes que consiste en mudarse de campamento poco después de un entierro, también concuerda bien con los conceptos antes mencionados. ¡De ningún modo se quiere recordar al fallecido! Pero el lugar en que ha expirado daría mucho motivo para ello. "Aquí estuvo sentado con nosotros para comer. Aquí ha trabajado. Esta choza la ha construido él. A este lugar vino la gente para verlo en su enfermedad. Por aquí anduvo el chico en sus juegos y en compañía de otros". La gente cita muchos otros fundamentos similares. No sólo los parientes más cercanos se mudan, sino también sus vecinos. A veces todo el campamento se traslada a un lugar alejado⁹⁹.

El sitio recién abandonado se evita por un tiempo prolongado. Los hombres también hacen un gran rodeo para evitar el lugar donde han sepultado un cadáver. "Se apartan respetuosamente del sitio en que entierran a uno de los suyos" (GALLARDO: 332).

4- Los selk'nam tienen un notorio temor a los huesos humanos. No hay ninguna exageración en el juicio de COJAZZI: 74, en el sentido de que "provano sommo orrore nel toccare ossa umane". Lo mismo es confirmado por GALLARDO: 321. Yo mismo he observado su repugnancia frente a cadáveres y restos óseos humanos.

Pero esta repugnancia no les impide enterrar inmediatamente los restos de cadáveres y también de huesos humanos, que pudieran encontrar casualmente al descubierto, sin que interese si se trata de difuntos conocidos o desconocidos, o que hayan sido descubiertos por el viento o por animales. El mero ver estos objetos les molesta¹⁰⁰.

El deseo de lavarse lo antes posible después de haber tocado un cadáver, surge de una necesidad de aseo que aquí se muestra inesperadamente exagerada. Son muy sensibles al olor cadavérico.

El temor de los selk'nam a los huesos humanos demuestra, por otra parte, hasta qué punto coinciden con los europeos en sus sentimientos. Sería totalmente erróneo reprocharles temor a espíritus o miedo supersticioso; pues ellos viven en la convicción de que un alma humana no regresa aquí desde el otro mundo. Los Yósi que, por otra parte, pueden ser reconocidos, están limitados a determinados ámbitos.

Cada uno comprenderá ahora por qué estos indígenas se niegan a mencionar los lugares donde yace uno de los suyos, y eso, independientemente de la dificultad de encontrar el sitio algún tiempo después del entierro. La actitud amenazadora que adoptaban cuando algunos blancos trataban de cavar en los cementerios de la estación misionera, en busca de esqueletos, a plena luz del día y bajo sus

⁹⁹ Esta misma mención se puede encontrar en BEAUVOIR (BS: XX, 39; 1896), COJAZZI: 73. DABBENE (b): 262, GALLARDO: 321, y otros.

¹⁰⁰ Nadie come la carne del zorro grande, porque este animal desentierra a menudo cadáveres humanos (ver pág. 280). Entre los yámana hice la misma observación.

propios ojos, tiene su origen en la suposición que estos europeos —enemigos por principio— querían llevarse las osamentas para profanarlas en otra parte.

5-Los deudos no carecen totalmente de motivos de consuelo cuando fallece uno de los suyos. La idea de que su muerte es una medida punitiva del Ser Supremo nunca se expresa en las ceremonias fúnebres (ver pág. 522). Especialmente para el caso del fallecimiento de personas más bien jóvenes, los reunidos para las honras fúnebres repiten una y otra vez: "Este fue un hombre bueno, ¡por eso 'Aquél-allá-arriba' lo ha llamado tan pronto!" Durante sus conversaciones se puede escuchar frases como "Un hombre bueno no vive tanto como uno malo. Aquel 'habitante del cielo' no gusta de una persona mala; ¡a un hombre bueno lo lleva tempranamente con él!" Pero sólo en relación con ese hecho encontré que los selk'nam proyectan —por su parte— una diferenciación en el juicio valorativo que *Tg-máukel* se forma de la manera de actuar de cada uno de los hombres.

El modo de sepultar a un difunto y las costumbres fúnebres son, entre los selk'nam, sencillas pero muy decorosas. No existen en absoluto conductas inadecuadas o actos repulsivos. Su creencia religiosa y sus ideas generales del más allá denotan una cierta nobleza y dignidad.

